

un excluído del festín de la vida! ¡No, no; aquella gloria, aquel libar del deliquio en copas de oro, aquel dormirse sobre las deshojadas rosas del deleite, no eran para mí! ¡Yo era un sabio estólido que no supo llevar á su vida ni la dicha que alegra los nidos, ni el ensueño que hace reyes y dioses á los poetas!

V

¡Qué noche, qué espantosa noche pasé, renegando de mi pasado, desnaciéndome, abjurando de la ciencia, maldiciendo de cuanto adoré y empeñado en arrancar de mí á jirones sangrientos mi propio yo, en dejar de ser cuanto fui y en ser cuanto no era! ¡No hay tormento como el tormento de esta ambición transmutadora que pugna por demolernos y reedificarnos al antojo de nuestra quimera! Jamás penetré como entonces en la dantesca geología del ensueño. Aquel desplomarme y erigirme, aquel cataclismo y renacimiento de mi ser comenzó aquella noche memorable en que entre el crujir de los ejes diamantinos del mundo y entre el mudar de asiento de las montañas milenarias, nací á otra vida ó cambié de alma; pero aquel nacer en plena conciencia, en plena virilidad, en pleno dominio de mi cerebro, agrandado por la terca labor de la idea,

fué un nacer extrarreal ó una metempsicosis que parecía soñada.

Dormí poco; lo bastante para probar la amargura del despertar del primer ensueño feliz; me levanté tardísimo, con la cabeza abombada, paladeando hieles y de un humor de mil demonios.

Al sandio del criado que me traía la bandeja con la imponente correspondencia cotidiana—periódicos, revistas, prospectos profesionales, avisos de clientes, *sablazos* benéficos, besalamanos, recomendaciones, etc., etc., el diluvio de papel que cae á diario sobre un médico en boga—le despaché con despotismo y desplantes tan desusados en mí, que el hombre me miró con asombro escrutador, como para convencerse de si era yo el mismo Doctor paciente, chiflado y benévolo de todos los días. Y, en efecto, yo no era el mismo.

El promontorio de cartapacios me crispaba; todas aquellas importunidades, impresas ó manuscritas, llamábanme con voces mudas al engranaje odioso de mis ocupaciones diarias. ¡Como si un hombre fuese rueda de máquina ó cangilón de noria! ¡Al diablo con tanta exigencia! De una furiosa manotada dispersé el papelorio: de entre su revuelta muchedumbre exhalóse algo etéreo y penetrante á la vez, que actuó enérgicamente sobre mi sensibilidad exaltada; un perfume: nada más en complicidad con los nervios, ni más pegado al instinto que las sensaciones olfativas; diríase que el animal que hay en nosotros viente por el rastro que flota en el aire á los seres á

quienes se apega; nada tan evocador como un perfume; un perfume es una personalidad aspirable; es á veces una hora de dicha ó de tortura: apenas penetra en nosotros impalpable y sutil el aroma, la memoria de los sentidos lo asocia á otras percepciones de la conciencia y el recuerdo revive, la persona á quien se unió resurge, y allí está viviente respirando ante nosotros. ¡Ella; sí, allí estaba ella, su perfume, su alma aspirable!

Me detengo, me emborracho con fruición dolorosa reviviendo estas *nimiedades enormes*, gravísimas en el proceso de la pasión. Su perfume exótico, personal, sugestivo y trastornador, como todo en ella, era *suyo* única y exclusivamente. El rastro oloroso guió mi mano hasta el sobre violeta que lo exhalaba. ¡Una carta de ella! ¿Estaba yo bien despierto? Y la carta contendría su nombre... ¿Sabe nadie las músicas inefables, los misterios de poesía que contiene un nombre de mujer hermosa, enigmática, *única*? Me oprimí las sienes; me parecía que mi razón se gasificaba y se escapaba por ellas; fué un momento de angustia deliciosa é inexplicable. ¿Por qué amanece? ¿Por qué se nace? ¿Por qué se ama?...

La carta era de ella, sí; no era carta siquiera: una cartulina perfumada, una sencilla tarjeta, que, lacónicamente, decía: «Elena de Leyva, marquesa de Araceli, ruega al ilustre doctor Adalid que tenga la bondad de venir á visitarla hoy mismo, pues desde anoche padece una de sus fuertes crisis nerviosas.» Abajo, las señas de un

conocido hotel de la Castellana. ¡Estaba enferma desde la noche anterior, y me llamaba á mí! ¡A mí! Luego no debí parecerle tan despreciable, tan cursi, tan ridículo... ¡Luego acaso, acaso!...

¡Qué loco reaccionar el mío! Desde la cima del más cruel ridículo me levanté á la cumbre de la más radiosa apoteosis. ¡En realidad!..., yo era un hombre en el cenit de la vida, en la cúspide de la fortuna, de la celebridad y...—¿por qué no decirlo?—de la gloria! Mi nombre daba la vuelta al mundo; mis obras triunfaban en concursos internacionales, y, traducidas á todas las lenguas, se imponían á la enseñanza universal. Mis hipótesis psicofísicas adquirían solidez de verdad, iniciando una magna revolución científica. Mi buena fortuna en algunas curaciones, harto visibles y trompeteadas por la prensa, coronaron el edificio de mi celebridad. Yo era el hombre del día, el médico á la moda. ¿Qué había en mí de repulsivo para una mujer como aquélla? O más bien, ¿qué había en mí que no estuviese hecho para interesar y atraer..., á lo menos, su curiosidad femenina? ¿Mi figura?... Jamás me preocupé de ella; pero entonces, que la lima del dolor no había mordido aún en el bronce de mi virilidad robusta, bien podía yo—¡sin vanidad!—pasar por tipo de raza, de esta raza nuestra, semiárabe, nerviosa, enjuta, acerada y como buida y empavonada al fuego del sol.

Pero...—¡oh versatilidad humana!—en unos segundos pasé de la extrema depresión y menos-

precio propio á mi autoglorificación más desatinada.

Aun así, al subir la marmórea escalinata del hotel, festoneada de hiedra, sentí que mis piernas se volvían de algodón en rama, que los fuegos de mi orgullo se extinguían, y mis solturas y gallardías se embotaban, dejándome tan agarrotado, turulato y cohibido como la víspera.

Renuncio á describir aquella mi primera entrevista con Elena; el sortilegio de aquel ambiente de lujo, de estética voluptuosa que la envolvía, la complicidad de la luz tamizada sabiamente, del aire tibio y perfumado, de la calculada negligencia de aquella *toilette* blanda, sutil, indiscretísima, que tan estudiadamente acusaba el cuerpo de diosa recostado en la silla larga, en posición que recordaba perturbadoramente á las dos *majas* de Goya, singularmente á la *vestida*, peligrosa insinuación de la *desnuda*.

En lo exterior y litúrgico-mundano estuvo correctísima mi nueva cliente aristocrática: habló de su enfermedad; pero siendo ésta de las que lindan con el alma, ó más bien enraízan en ella, tuvo la dama que hablar forzosamente de su vida, de su espíritu, de su fisiología. Todo con tal arte, tan velada y tan desnudamente como me aparecía su cuerpo estatuario. Pero este doble desnudo del cuerpo y del alma no tenía en ella aires de provocación ni de impudicia: todo

era casual, involuntario, ignorado por la gentil enferma, natural efecto de su estado de alteración psicofísica, de aguda neurosis.

Las crisis le sobrevenían así, fulminantemente. «Una puñalada, Doctor; ayer buena, hoy malísima, desconcertadísima, *hors moi*.» Aquello era antiguo, crónico y... explicable, muy explicable en ella por causas que..., en fin, al Doctor hay que hablarle *un poco como al confesor*, ¿verdad? El Doctor, además, ya lo sabía todo... Con la cabeza denegué sin enterarme mucho de lo que decía aquella boca tan fresca, con aquella voz tan cautivadora.

Pues... era desgraciadísima: su marido..., ¿para qué hablar? Su boda fué el resultado de una de esas *sabias* combinaciones de familia en las que todo se calcula y en todo se piensa menos en el amor; ¡qué digo, amor!, ni aun en las mutuas simpatías de los contrayentes. Luego, Jorge le doblaba la edad; podía ser su padre, casi su abuelo; con sus caprichos de yanqui, con sus millones de dólares podría lograrlo todo menos la juventud; podía comprarlo todo..., menos el amor. Se casó..., ¡quién sabe!, por un capricho más: la vanidad de lucir una mujer joven, española y grande de España, ó por un doble cálculo: el de ingresar en el mundo aristocrático y el de procurarse una compañera hábil para la vida social y una futura enfermera paciente, abnegada (los extranjeros tienen de las españolas unas ideas muy románticas). El estaba ya ahito de vivir, de gozar, de divertirse en grande, y quería...

todo lo contrario de lo que quería yo, que tenía derecho á vivir, á respirar, á ser joven; y... ¡no pudo ser, no pudo ser! Financieramente..., no se quejaba. Jorge, ¡eso sí!, había sido muy caballeresco, *très genti*, en ese punto. Para *sus alfileres* tenía ella más que algunas princesas. Pero cuando una ha vivido la vida, la plena y alta vida moderna, y ha probado todos los refinamientos..., ¡es tan imposible el plegarse á este mezquino é indigente vivir de aquí de España!

Evocó riquezas, palacios, trenes fabulosos, opulencias verdaderamente fantásticas; dejó entrever sus éxitos personales; yo me la veía en Norteamérica triunfando como belleza española; por Europa descollando desdeñosa como multimillonaria yanqui, excéntrica y dominadora. Después vivió en París; París le entregó el secreto de todas sus seducciones. Luego viajó, viajó incesante, vertiginosamente, en *auto* con su *chauffeur*—un mecánico prodigioso que la gentileza de su marido le cedió—y con su buen tío Guillermo, un viejo-joven atacado de la manía del movimiento, como ella. Eran unos dinamomaniáticos—asi decía el tío—que contagiaban á sus amigos todos. De súbito calló; había sido locuacísima, incorrecta, verdaderamente española; me pedía perdón por ello: efectos de su neurastenia. ¡Si la hubiera oído su tío! Y lo peor era que iba á seguir siendo imprudente. «Comprendo que es tarde, que le robo á usted desconsideradísimo su tiempo, *que es moneda*—decía agraciando en sus labios el britanismo—;

pero... ¡otra manía de enferma! Ardo en deseos de saber algo de mí misma, de este extraño mal de la época que me consume. Si no pareciera triste vanidad, diríale á usted—¡mire qué locura!—, á veces pienso que *la época soy yo...* Vamos, que en cierto modo asumo y personifico este vértigo que vivimos todos: vértigo de gozar, de correr, de vivir, de conocer, de sorbernos la vida de un trago. Esto es neurastenia, neurastenia aguda; ¿verdad, Doctor? Es que, teniéndolo todo, me hastío mortalmente, me sobra todo, porque... me falta todo; me falta... lo que no se compra. De ahí mi enfermedad. Incurable, ¿verdad, Doctor, incurable?» Sus ojos me perforaban el alma con una interrogación enigmática, perturbadora.

—No; incurable, no, marquesa—silabeé borrosamente, sintiéndome invadir por aquel cataléptico estupor y abolición de mí mismo que me atacó en la Embajada; pero mis ojos y cuanto sobrenadaba de mí yo, más allá del albedrío, debió brindarle inagotablemente con aquel bien que no se compra.

Lo que Elena supo sugerirme en aquella primera entrevista fué mucho más de cuanto me dijo; lo que me insinuaron sus ojos de abismo azul, lo que me cantó su voz de oro, lo que me prometieron sus turgentes labios encendidos..., aquello fué lo inexpresable, la palabra que no se dice y que decide de nuestra vida. Salí de allí febril, extático, loco, absorto en el amanecer de mi espíritu perdido en mi selva interior. ¡Sorpresa

sublime: dentro de mí había un mundo nuevo, intacto, no profanado por la disecadora ciencia! ¡Y yo, sabio pedante, ignoraba lo mejor de mí mismo! ¡Oh ironía! ¡Valientes majaderos los que en serio oficiamos de sabios y amueblamos nuestro *antro imponente* de sacerdotes de Asclepios, con trastos *prestigiosos*, fabricados á precios módicos por los *vivos* de los mueblistas de París!

Mi gabinete de eminencia mundial era uno de aquellos *antros de ebanistería*, una flagrante exteriorización de este teatralismo científico que yo de buena fe representaba. ¡Bueno era que yo, ignorante de mí mismo, oficiase de maestro, curador, juez y padre espiritual de otros enfermos de mi propia dolencia! Y eso recordaba yo haber pretendido ser para con algunas desdichadas mujeres, á quienes clasifiqué de *histéricas peligrosas*, colgándolas no sé cuántos tecnicismos novísimos y sometiéndolas á un régimen brutal para *desembrujarlas*, como yo burlescamente decía, siendo la verdad que las infelices estaban sencilla, humanamente enamoradas. ¡Bueno es esto, y ahora estoy yo peor que ellas! ¡Al demonio la ciencia con su tiranía inaguantable! Y mi espíritu brincaba loco de estrenar su albedrío; y como colegial escapado corría con frenético alborozo por la virgen selva genesiaca, pisando frescas flores que sangraban aromas voluptuosos, mareantes... ¡Aquello era ya vivir! ¡Aquello merecía todas las luchas, porrazos y caídas; toda la sangre moral y los sudores de agonía que la perra vida cuesta! ¡Cómo comprendí entonces la

leyenda divina de Fausto, la abdicación de nuestra soberbia intelectual ante los pies de rosa del amor!

Pero... ¡ay del que se despierta tarde á la hiperestésica vida pasional! Entonces sobreviene el desquite, el desencadenamiento de las fuerzas acumuladas, la explosión, el cataclismo.

Fué como si cien primaveras se me volcasen dentro; activóse con desatado ritmo el pulsar de mis arterias; el funcionalismo pujante de mi acorada máquina cerebral embotábase empapándose en vaporosos deliquios sensoriales, y en aquel aura de ensueño proyectaba sus visiones de delirio la fantasía desmandada. Un hombre nuevo, genesiaco, nacía en mi selva interior ¿Dónde quedaba ya el sobrio galeno, pedante y ambicioso?

VI

Apremiante aviso telefónico llevóme á las pocas horas segunda vez al lado de Elena. Esperábame en la *chaise-longue*, anegada en gasas y en encajes: el estor. semicorrido sobre el balcón entornado, filtraba por su malla sutil la luz verdosa del jardín que se disolvía en la penumbra auroral que flotaba en aquel gabinete rosa, amalgamándose con mil exóticos perfumes que, visible ó misteriosamente, se exhalaban de caladas ca-

jitas de plata llenas de hojuelas fragantes; de cestas de porcelana inglesa cargadas de frescas rosas y gardenias; de menudos *sachets* perdidos entre las ropas, y de las raras esencias expiradas por los perfumadores que aún goteaban aljófares olorosos.

—¡Ay, Doctor!—quejóse mi enferma—; he tenido una crisis cruel. ¡Estoy malísima! ¡Viviré muy poco, lo siento; me he derrochado, como derrocho mi gasolina, quemando, quemando distancias!

Estaba inquietadoramente pálida; hablaba con un hilo de voz; me asusté de veras.

—¡No es nada, *señora!*—dije inhábilmente, arrastrando un escaño de cuero hacia su silla larga.

—¡Pobre Lena!—suspiró compadeciéndose—. Lena es *mon petit nom*, ¿sabe usted, Doctor? Y así me gusta que me llamen.

Aquella familiaridad contrastaba incongruentemente con la altivez enhiesta y señorial en que mi aristocrática paciente se encastillaba frente á mí, á pesar de sus insinuaciones sugestivas de la vispera. ¿Deberé arriesgar una primera aproximación? ¿Daré un paso en vago? ¡Mucho ojo! Aproveché lo del *petit nom*: «No es nada, Lena; le prohibo ser aprensiva.» Hicela aspirar sus sales inglesas; le administré unas gotas de azahar en un terrón de azúcar; receté fruslerías calmantes, sedativas. Suspiró fruitiva, largamente; miróme con los celestes ojos desnuclados de inquietudes; tendióme la mano ofreciéndome la palma

abierta con un gesto amigable y altivo que sólo ella poseía, y gota á gota fué destilando en mi alma el veneno de todas las seducciones.

No acertaré á reconstruir aquella entrevista, en la cual las palabras no decían nada, y el prestigio del gesto, del mirar, el irradiar de las almas decía demasiado. De improviso, acurrucándose felinamente entre los almohadones de su silla larga, mandó Lena imperiosamente:

—Doctor, hábleme de su vida, de su iniciación en la ciencia, de su áspera subida á la gloria.

Anticipándose á mis excusas, añadió:

—¡Si usted supiera lo curiosa que soy yo de esos combates que se riñen dentro de nosotros, el loco interés que pongo en saber cómo se sube hasta tan alto, qué sienten los elegidos, *los que llegan!*...

Arrebatóme el vértigo de las cumbres. ¡Había una hembra capaz de adivinar mis ambiciones, mis delirios de gloria, de respirar conmigo el aire de las alturas! ¡Y aquella mujer que adivinaba la epopeya de mi alma, era *ella!* Por un momento creí que los dos mundos de mis ambiciones, la gloria y el amor, se fundían en aquella forma divina. Fueron unos instantes de plenitud dichosa.

—Doctor, comprendo que soy exigente, como un chiquillo enfermo; ¡pero me sería tan grato que usted me hablase de su vida de luchador por la gloria!

Quedóse en actitud humilde, expectante, como sacudida por emoción intensa. ¡Era aquello ver-

dad! Parecióme que todos mis ideales encarnaban en un ideal supremo; que mi alma, desde su génesis sola y comprimida en sí propia, se expandía rebosando en magnífico desbordamiento. No sé cómo, iba Lena, con su mirar azul, tirando de mi expansividad atrofiada, huraña, infantil, de sabio hirsuto, inexperto en amor y en el trato de las damas; interrogábame, atraía mis confidencias, tan curiosa de mi espíritu como yo lo estaba de cuanto fuera suyo. A veces entreveraba su ávido inquirir con quejas y aprensiones de enferma—muy en situación—, y yo, creyendo diagnosticar sobre ella, seguía dejando rebosar mi espíritu, poniéndome entero en mis palabras; y ella, embebida en su *sport* psicológico, parecía el doctor que, con el oído posado en mi alma, auscultaba atentísimamente sus más hondos y leves latidos...

Una bocina de *auto* sonó en el jardín del hotel; Lena se incorporó de súbito, revolvióse inquieta, me pidió perdón, sin duda porque empezaba yo á estorbarle. ¡Era tardísimo; qué incorrecta había sido!

Me despedí atropellada, zurdamente, disculpándome de la grosería de ella, prolongando los saludos, hecho un paleta. Ella me *empujó* materialmente hacia la puerta con una ejecutiva mirada de reina que corta una audiencia pesada. Mi herencia plebeya y su atavismo aristocrático reaparecían en mi sumisión instintiva y en su espontáneo despotismo; yo no razonaba esto, lo sentía; sentía, sobre todo, el bárbaro retumbo

y conmoción de una caída mortal, de una caída del cielo, y sentía sobre toda expresión el dilacerante barreno de una interrogación candente que me perforaba las vísceras y el cerebro. ¿Quién llegaba? ¿Quién osaba turbar aquella mi primera hora de plenitud en la vida?

Los pronombres posesivos tomaban para mí sentido y energías formidables. *Mío, mío* era todo aquel bien; *mía*, surgida de la nada, para mí aquella hora luminosa; *mío* aquel interior de ensueño; *mía* aquella mujer con su aura de fascinación y de sortilegio. ¡Mía, mía! ¿Quién osaba disputármela? ¿Quién arrancaba de mis manos la copa, cuando el primer sorbo de deleite mojaba mis labios? ¿Quién? Un feroz prurito agresivo, un salvaje instinto viril, incendiaban mi sangre de hijo de la plebe; una bárbara tempestad de orgullo estallaba en mi cerebro. Todo este drama interno sucedía en la angostura de un corredor y en la penumbra de un *hall*, desde el gabinete al vestíbulo; al llegar á éste sentí gemir el *parquet* bajo unos pasos varoniles, juvenilmente briosos y ligeros. No era el tío valetudinario el recién llegado en automóvil; un tapiz que acababa de abrirle paso oscilaba aún, corrido apenas tras él sobre la puerta del vestíbulo opuesta á la que me dió salida; nada más vi; los pasos duros y el crujir de las tablas sonaban dentro, por el pasillo que rodeaba el *hall*, hacia el gabinete rosa.

Cuando salí del hotel, un relámpago rojó con cegadoras refulgencias de vidrio y níquel, el au-

tomóvil del incógnito, perdíase soplando y mugiendo entre polvo y humareda sucia. La rabia dobló mi potencia visual, suprimió la distancia y agigantó las proporciones del vehículo, que, no sé por qué misterio de óptica ó de emoción, como si plastificasé mi furia interna, quedóse grabado en fuego en mi retina. ¿Hay presagios? Ello es lo cierto que, siendo cosa tan habitual y continua el toparse por dondequiera con legiones de automóviles, la visión de aquel *auto* rojo de refulgencias diamantinas suscitó en mí sensaciones insólitas, terrores irracionales, imágenes de delirio y de pesadilla.

**

De negrísimo humor, paladeando hieles y con los nervios de punta, entré en mi casa, pisando duro y cerrando á estampidos las puertas. Por primera vez las risas y los chillidos de Luisín me fueron odiosos, intolerables, y cuando vino con sus torpes pasitos vacilantes á dirigirme su diaria demanda: *becho* y *caamelo*, rechacéle con aspereza, hasta con ira, y la criatura se retiró llorando, con ese llanto desgarrado y trágico de los chicos muy mimados, que suena, más que á dolor, á protesta y acusación de nuestras desigualdades é injusticias. Aquel congojoso hipar y gemir del nene, me suena en la conciencia todavía.

Mi sensibilidad, exaltada hasta la hiperestesia, experimentaba materialmente la sensación de una mortal quemadura que laceraba todo mi ser,

sentía el cuerpo y el alma *en carne viva*—no acierto á expresar mejor aquella extrema irritabilidad psicofísica—y no podía sufrir ni el aleteo de un mosquito, ni el contacto más leve; el tic-tac de mi reloj, hasta el pulsar de mis arterias me molestaba: todo me era odioso, y más que todo, yo mismo; recuerdo que al verme reflejado en el espejo de mi armario de vestir, me fui repulsivo. Aquella extraña *autofobia* era la exteriorización del desprecio en que yo me tenía á mí mismo, al sentirme burlado, escarnecido, pospuesto por ella; y... ¿á quién? ¿A quién, Señor?

Exasperábame aquel desconocimiento de mi... *rival*. Recuerdo que mentalmente repetí esta palabra, *rival*, como ansiando dar cuerpo y realidad al absurdo de *mis celos*. Celos... ¿de qué? ¿Con qué derecho? Y personificados, ¿en quién? En un fantasma, en un miraje. En el hombre del *auto*, que acaso era simplemente el *chauffeur* de Lena, «el mecánico prodigioso que la gentileza de su marido le cedió». Con el infantilismo optimista de la pasión intenté asirme á esta posibilidad. Pero nó; mi aguzada observación profesional reconstituyó con precisión matemática el brusco final de mi entrevista con Lena: la alteración visible que en ella produjo el bronco mugir de la vocina del *auto*, el apremiante gesto con que me *expulsó* de su presencia... No, no era el *chauffeur* el incógnito que hollaba tan imperiosamente el charolado piso del hotel. Y si era un hombre amado y preferido..., entonces, ¿á qué atraerme con tan felinas blanduras? ¿A qué sorberme tan

ávidamente el albedrío?... Aquí volví á reirme de mi impericia mundana y volvieron á poseerme mis agresivos furoros.

Más que desnudarme, arranquéme á tirones la ropa; por un mecánico impulso de orden, avisé telefónicamente á mi ayudante que hiciera por mí las apremiantes visitas del día; cerré mi puerta á las gentes y á la luz, hice la noche y me arrojé desesperado en mi cama, queriendo hurtarme á la acción, al movimiento, al ruido, al odioso tráfago de la vida. El trepidar de los cristales de mis balcones, al paso de tranvías, coches ó automóviles, me crispaba; pensé con deleite en la plena inmersión en el silencio, en la sombra, en la bienhechora nada.

Y... héteme enamorado, displicente, enfermo de pasión, como damisela romántica ó doncel trovadoresco. ¡Yo, el omnipotente sabio blindado de escepticismo y de serenidad olímpica! Pero... ¡no se asciende en vano á la cumbre de las aspiraciones, siquiera sea imaginaria, momentáneamente! Aquella tarde creí tocar con la mano en la cúspide resplandeciente de mis ideales, el antiguo y el nuevo; la gloria y el amor; y ahora sentíame rodar de la cumbre al abismo: un anadamiento infinito me embargaba.

Y la fantástica geología del delirio ensanchaba en torno mío sus pavorosas perspectivas, agigantaba sus amenazantes moles, ahondaba sus simas, donde borbotaban corrientes de lava encendida; parecíame sentir de un modo físico, real, que mi cuerpo, abrasado por un rayo, había

caído en el espacio entre dos mundos y fuera de la órbita de atracción de los dos; ya no alcanzaba á poseer la ciencia, y nunca poseería el amor, porque la ciencia y el amor pedían cada cual un alma entera, y mi alma se desgarraba inútilmente entre aquellas dos fuerzas formidables. El espanto de la muerte, el vértigo del abismo y de la nada me poseían con terrores delirantes de pesadilla ó de vesania; y el sollozo y el rugido se ahogaban sin sonar en mi garganta. Era aquello una crisis suprema, algo como un cambio de ser, como una mudanza de alma... Y apenas disipadas las visiones terroríficas, en claros limbos como de alba y de luna diseñábase la silueta gentil y esplendían la sonrisa auroral y la mirada azul de Lena...

En la puerta de mi gabinete sonaron golpes quedos, nerviosos, insistentes, como dados con los nudillos de una mano trémula y febril; una idea loca me poseyó por un momento; pero no, no, ¡qué demencia! No contesté, y los golpes redoblaron más enérgicos y apremiantes; al fin, emudecieron; luego sentí pasos por el pasillo y ruidos en el falso de mi alcoba—que olvidé cerrar por dentro—; abrióse quedamente aquella puerta, sentí el destorcer de una llave eléctrica. Clara, mal envuelta en una bata flotante, acercábase á mi cama con el andar medroso de un perro fiel escarmentado por su dueño. Estaba pálida, ojerosa, alteradísima de semblante; por primera vez, la pobre hembra abandonada inspiróme interés y lástima indecibles; era que una

clara intuición de su moral enfermedad empapaba mi conciencia—¡oh egoísmo!—; era que, creyendo compadecerla, compadecía mi propio sufrimiento. Sentí vehementemente impulso de tenderle la mano protectoramente, y era la raíz de aquel impulso el ansia con que el náufrago busca un asidero y un sostén.

Pero... ni por egoísmo acudí á ella; parecía-me que lo que le diera de mí robaríasele á mi pasión absorbente. ¡Y le negué aun aquella apariencia efusiva, de que tal vez hubiese hecho la infeliz un consuelo para sus últimas desesperanzas!

VII

Amaneció un celeste día de los triunfales del otoño madrileño. Derretíase el cielo en luz que se filtraba á la sangre, como infusión de vida nueva. ¡Qué pesimismos resistían al influjo de aquella gloria respirable! Más sugestivo y bello que cien primaveras es este momentáneo resurgimiento en que la Naturaleza nos brinda con su expirante plenitud: yo no razonaba el patético goce de hartarme de las moribundas caricias otoñales; pero sentíalo intensamente, merced al brioso rejuvenecimiento fisiológico que el desquite de un profundísimo sueño, primero, y el

saludable latigazo de la ducha helada, después, operaron en mi organismo.

Mi poderoso *yo* intelectual también reaccionaba, irguiéndose en toda la altura de su orgullo. Rubor me daban á la luz del sol mi humillante postura espiritual de la víspera y mis terrores de la noche congojosa. ¡Ni mi mayor enemigo hubiera inventado tal escarnio de mi personalidad de semidiós científico, inmune á todo contagio idealista y sensiblero!

Empleé la mañana en reconquistar mi albedrío, en reorganizar sistemáticamente mi dura labor de minero intelectual. Rasgué cubiertas de revistas, esperadas antes ávidamente, hacinadas ahora en abandono; volví á seguir con ansia la gráfica de la fiebre intelectual del mundo; devoré palpitante las actas interesantísimas del reciente Congreso de Psiquiatría. Un lancetazo hirióme en lo más vivo de mi vanidad científica al ver que el listo de mi rival de Alemania *madrugaba* publicando descubrimientos que eran míos y muy míos. ¡Aun así, y con todos los consonantes de tu enrevesado nombre, ya verás dónde va tu careada *Contribución al estudio de la psiquiatría*, cuando el doctor Adalid lance á los cuatro vientos las audaces novedades que tiene ahí estúpidamente embotelladas! Y saqué mis cuartillas, temblando de rabia y de emoción, febril, ansioso de medirme cuerpo á cuerpo con el pendón de Alemania.

El timbre del teléfono sonó insistentemente, y por mis nervios se prolongaron sus vibracio-

nes agudas, imperativas, apremiantes. Acudí al aparato; un chillido gutural chapurreaba como salido de los profundos:

—La señora majquesa juega al Dojtoj Adalid *de venij si pjonto que podjá.*

—¡Para eso tengo yo mi tiempo!—rezongué furioso, é hice que mi criado contestase á la doncella.

—El señor Doctor no puede visitar hoy; si la señora marquesa quiere, le enviará á su ayudante.

—La señora majquesa quieje vej al mismo señoj Dojtoj y *nunca* á su ayudante.

—¿Sí? ¡Pues que me espere!—Y volví á mis cuartillas.

Pero... no sé qué viento de impaciencia dispersaba mi atención y aventaba mis ideas como polvo; sin duda, el sortilegio del sol me poseía, empujándome á la acción, al goce de vivir. Las cuartillas se me hacían de plomo; aquel borrador, acribillado de correcciones, de apostillas, de abreviaturas, era indescifrable; mis teorías aparecían allí rezagadas, inseguras; mis soluciones, discutibles; mi estilo, difuso, mazorrall... ¡Al diablo los papelotes!

Corrí á chapuzarme y á vestirme y realicé mis faenas de tocador con insólita fruición de pulcritud y masculina coquetería. Pedí mi berlina, y por secretas complicidades interiores dirigíme á San Carlos. Era la hora en que Aldamita acababa de dar su clase en la Clínica; teniale yo, sin duda, enojado desde la noche del baile—¡pobre chico, le traté tan mal!—, y ahora podía facili-

tarme datos para mi magno estudio. ¡No, y la cosa urgía, urgía meterle el resuello dentro al alemán dichoso! Así me disfrazaba yo á mí mismo los verdaderos impulsos que me llevaban á Aldamita.

Salía el doctorcete distraído, retorciéndose el kaiseresco mostacho, mirándose las redondas puntas de los zapatones yanquis.

—¡Eh, Aldama, Aldamita!

—¡Maestro!—chilló con cariñosa alegría en los ojos.

—¿Me acompañas á beber oxígeno en la Moncloa?—preguntéle, acabando de desenojarle con viril apretón de manos.

—*Très volontiers*, maestro.

Subió, grité la orden al cochero, arrancó el tronco disparado; sellé mis paces con Aldama alargándole mi petaca llena de sus londres favoritos, y le interpelé con exagerado calor acerca del Congreso de Psiquiatría.

—¡Una birria, maestro; una plancha internacional! Y la tan bombeada *Contribución* del Herr Schœnendorff, ó como se llame ese tío de las efes, una reverenda basura! ¡Y usted ahí guardándose ese asombro, ese monumento de la psiquiatría! ¡Vamos, hombre! ¡Siquiera por honor nacional debió usted presentarlo! ¡Así nos luce el pelo!

—Pero, chico, ¿quién sabía...?

—¿La fecha del Congreso? ¡Nadiel! ¡Friolera! ¡Como lo han trompeteado poco! ¡Sólo que usted no vive en este planeta! ¡Y lo peor es que...!

—¡Acaba, hombre, acaba!

—¡No, no; me va usted á largar un palo!

—Lo peor es que cada vez ando más chiflado, ¿no es eso?

—Sí; eso y más todavía.

—¡Acaba!

—No, que cuando yo descorcho mi franqueza...

—¡Descorcha y revienta ya, hombre!

—Pues ¡ahí va!, y luego no atufarse: que estoy que *bufo*, maestro, y que celebro *la mar* esta ocasión de poder decirle á usted que le veo caer de cabeza hacia el abismo, y que si no se para en la pendiente — ¡y difícilillo es! —, ¡se acabó el Doctor Adalid, nuestra más alta gloria científica! ¡Ea, ya reventé, usted lo quiso!

Contesté al leal exabrupto con una carcajada que quiso ser burlona y sonó á hueca y triste.

—Pero, chico..., ¡tú estás malo!

—No, el que está malo, y de gravedad, es usted, maestro. ¿Piensa que va á serme indiferente que se malogre y anule el mejor cerebro de España? ¿O cree que me he caído de un nido? Este Madrid es como caja sonora: tose uno en la Puerta del Sol y se oye su tos en la Guindalera. Aquí todo se sabe, se comenta, se abulta... En fin y en plata: sé que hace tres días que usted no visita á nadie más que á la marquesa de Araceli; sé que su berlina de usted estaciona tardes y mañanas enteras ante el hotel de ella; sé que...

—¿Por dónde sabes todo eso?

—¿No vió usted un automóvil rojo arrancar

de la puerta del hotel cuando usted salía ayer tarde?

Debí perder el color.

—¿Un automóvil rojo? ¿Tú lo viste? ¿Sabes de quién es?

—Como que iba yo en él.

—¡Tú! ¿Tú ibas en él y tú entrastes cuando...?

—¡Tranquilícese, maestro! Yo iba, pero no entré en el hotel; quien entró fué el dueño del *auto*, Pepe Valsoles, que es... más ó menos primo de Elena.

—¿Pepe Valsoles, primo de Elena?

—Pero... ¿quién no sabe en Madrid que Pepe Valsoles es «el primo de todas»?

—¡Pues no lo sé yo, ni me importa, porque Valsoles y tú y todos vuestros congéneres sois unos fantoches, y yo vivo en otro mundo!

—Ahí está el mal: en que, viviendo en otro mundo más alto, ha venido usted á caer en ese mundo de la farsa y del lío, sin enterarse de su endiablada topografía, llena de escollos y simas para los desprevenidos. Ahí está el mal: en que, sin enterarse, ha venido usted á caer entre los tentáculos del pulpo, no del inocentón, del pulpo zoológico, del simbólico y formidable pulpo victorhuguesco, que excede en horror y en potencia dañina á cuantos monstruos inventó la Naturaleza bonachona.

Me reí de la salida.

—Ríase usted cuanto quiera; ¡como no conoce á la dama! Pero... ¡si parece mentira que no sepa usted de la Araceli lo que saben hasta los gatos

de la Peña, del Club y hasta de las cervecerías de Madrid!

Una caballerescas indignación, hermana del amor en nuestra romántica raza, y una sed furiosa de saber, se disputaban mi ser entero, mientras Aldama, ya lanzado, volcaba sus confidencias.

—Acaso la Araceli vale más que su fama, en este Madrid, donde las lenguas dejan tamañitas á las víboras; pero... la opinión es así; se nutre de mil nada, y cuando cristaliza en una forma, ni el diamante es más duro. Y, para la opinión, Elena Araceli es un ser de maldad y fantasía; una curiosa de almas y de sensaciones; una española pasional y supersticiosa, injerta en yanqui fantástica y dispendiosísima. Una sorbedora de oro y de juicios de hombres. ¡Ha mudado más veces de posición, de casas, de vestuario, joyas y *atrezzo*, que películas cambian en un año los *cines* de Madrid!

Estuve por abrir la portezuela y echar á Aldama á puntapiés de la berlina abajo.

—No se sofoque, maestro—contestó él á mis transparentes intenciones—, digo la fija: como los quinientistas eran hombres «de muchas almas», Elena es mujer «de muchas sensualidades», hembra de presa, que parece hecha con el jugo sensual y codicioso de todas las de su especie: que es *muchas mujeres juntas*; y si usted lo duda, ya lo experimentará en su bolsillo y en su vida, ¡vaya! ¡Y déjeme acabar, porque si me quedo con algo en el buche revienta! Las millo-

nadas que el marido yanqui envía á la Araceli vendrán *por los bancos de Flandes*; Pepe Valsoles es el que ahora está de tanda en sus preferencias; para él Elena es una paloma, por él se deja desollar viva; para los demás... ¡es la Duse forrada de vampiro! ¡Y si no, al tiempo! ¡Y ahora, para que usted no me mate, me largo!

Oprimió la pera neumática, y antes que el coche se detuviese, saltó á tierra, riéndose y encogiéndose como bajo la amenaza de mis palos.

—¡Eh, Aldama, Aldama!

Ya no me oía. Aligerado del peso de su presencia, seguí mi paseo contento de volver á encontrarme conmigo á solas. El raso azul de mi berlina y el esplendor de sus vidrios en que rechispeaba el sol, esfumábanse bajo el humo azulado de los cigarros quemados ávidamente por Aldama y por mí durante la confidencia; envueltas en las aéreas volutas del humo volaban ante mí polvaredas de luces de colores, irisaciones fantásticas de galas, joyas y ensueños voluptuosos, y tras aquella niebla cegadora entreveía escenas de amor entre Elena y Valsoles, que amotinaban mi sangre y me hacían ver rojo. El tumbo formidable de una furiosa resaca interior atronaba mi cerebro con un estampido enloquecedor, constante; por momentos perdía la conciencia de mí mismo; me veo en tal hora de crisis sacando el busto de entre aquella atmósfera de humo, de pasión y locura, y gritando al cochero: «¡A la Castellana, al hotel de la marquesa de Araceli! ¡A escapar!»

Galoparon los caballos levantando polvaredas;

bajé los vidrios; el humo y el polvo se fundieron; el aire de la carrera me azotaba la cara. «¿Que Elena es loca, pasional é impulsiva? ¡Mejor es así! ¿Que es hembra entre las hembras? ¡Vaya un defecto! ¡Qué más apetece mi pasión?» Mi fantasía, como bacante desmelenada y ebria, lanzábase hacia un mundo nuevo de voluptuosidades infinitas.

* * *

El correcto *footman* hizome aguardar unos momentos en el vestíbulo la respuesta de si recibía la señora marquesa; durante la espera oí ruido de puertas, pasos duros por el pasillo de circunvalación, y parada en seco de los pasos, como en expectación de mi entrada; tentado estuve de alzar el tapiz de la otra puerta y encaramme con el odiado personaje cuyo nombre me ardía en los labios; pero llegó el *footman*, rogándome pasar en nombre de la señora marquesa.

El gabinete rosa aparecía encrespado, revuelto por una racha de acción viva y enérgica: en vano las manos de hada parisiense de *Marie* actuaban agilísimas suavizando asperezas, inflando almohadones aplastados, corriendo estores, templando luces y pulverizando esencias eneradoras, antes de eliminarse discreta y muda. Elena estaba vibrante, rosada de la frente al cuello, y sus cambiantes labios, que la pasión hinchaba y la suspicacia adelgazaba y empalidecía instantáneamente, estaban candentes y me pare-

cían impregnados de caricias. Acogióme blanda, humilde, halagadora, felina, y una endiablada sospecha se apoderó de mí: parecíame que en sus ojos celestes y en sus labios de ascua ardía el fuego que otro encendió; que las cuerdas de su voz y las de su sensibilidad entera vibraban con las vibraciones que otra mano les arrancó. Ardiendo en pasión, estaba codiciable como nunca. ¡Qué me importaba apurar la copa que estaba llena para otro!

Un impulso irresistible me lanzaba á los brazos de Elena, aprovechando su abandonada laxitud. Súbitamente se rehizo ella, irguiéndose ante mí con tal energía inhibitoria, y con tan dominadora majestad de raza en la actitud y en el gesto, que se impuso á mi propio delirio. Quédeme como de piedra ante ella; y sin transición rompió á sollozar, retorciéndose, presa de violento ataque nervioso. Peor era aquello: era la otra omnipotencia femenina, la omnipotencia de las lágrimas.

—Doctor, riñame usted, perdóneme y cúreme. ¡Soy una chiquilla, una loca, una enferma! ¿Lo ve... usted? ¿Lo está... viendo?—silabeaba entre sollozo y sollozo.

—¡Pero, señora!... ¡Pero, Lena!... ¡Pero, niña!—articulaba yo, vencido, turulato, loco de amor.

—Niña, sí, eso; una niña soy. Figúrese, Doctor—serenándose—, que el principio de este acceso, por el cual llamé á usted hoy con premura, ha sido una chiquillada, un capricho loco, que en las mujeres como yo y en los niños mimados

equivale á una enfermedad. En el escaparate de Lacleche vi ayer un rubí en forma de corazón, una piedra única, una gota de sangre luminosa; sólo una altísima persona posee otro igual.

Volví á casa con fiebre de impaciencia; pedí al tío dinero para satisfacer aquel capricho fulminante, y... resulta que Jorge no gira ahora con su regularidad yanqui; además..., la pensión de año en año decrece; el tío me lo ocultaba, contentándose con sufragar mis gastos, según él enormes; el pobre está ahogado, tiene un pasivo respetable, y me asusta con la risueña perspectiva de un *krak*, si no modero mis dispendios. En fin, que no saqué más que un sermón y un disgusto: quiero vender, pignorar cualquier cosa—esto es muy mío—: un día en Nueva York, para comprar un solitario sin par en el mundo, malvendí toda mi casa (muebles, joyas, trajes), y Jorge, encantado de mi diablura, lo repuso todo en horas; pues ahora el tío se opone, se puso por las nubes, se ha tomado un sofocón mortal; á mí me atacó la crisis aguda: estoy muy sacudida, la casa trastornada (mirada circunvalatoria y justificativa, digna de Sarah Bernhardt). Y... ¿querrá usted creerlo, Doctor? Lo que siento, lo que me desespera hasta el paroxismo, es quedarme sin el rubí; que otra lo compre y lo luzca y llegue á saber que yo lo deseé en vano; que por primera vez Lena Araceli se vió privada del gustazo supremo de chafar á estas cursis de españolas que no tienen arranque para comprarse joyas de reina. ¡Llámeme usted loca, lo que gus-

te; pero yo creo que para vivir la vida opaca, atrofiada, sórdida, de la burguesía, sin los goces regios del capricho, sin los riesgos y emociones de alta presión del *sport* y del azar, sin sorpresas ni alegrías fulminantes, vale más morir bellamente, paganamente, antes que las arrugas deshonren nuestra juventud gloriosa!... ¡Ay, pero creo que estoy desbarrando, pecando mortalmente (aterrada), y Dios va á castigarme mucho!

Volvió á sollozar sofocada, guapísima; y de pronto, como chico voluntarioso que gime por insistir en su exigencia, dijo, irisando sus lágrimas con un rayo de gracia felina y fascinadora:

—Pues..., así y todo, ¿ve usted qué loca?, ¡yo daría por ese rubí la mitad de mi sangre!

Yo comprobaba palpablemente los informes de Aldamita: el espantajo acomodaticio del tío-fantasma sirviendo las *combinas* de Lena, el marido yanqui, rechiflado y más que rehacio en el dar; Valsoles, exigente en el pedir, é imponiéndose por la violencia; Lena, conquistándose incautos que le pagasen los derroches y... el amigo. Yo veía, tocaba toda esta miseria, y..., sin embargo..., ¡compré el rubí!

Cuando al siguiente día, una hora después de enviarle la maravillosa piedra (que me costó la mitad de mis ahorros), entré en el gabinete rosa, explosiones de músicas y de luz estallábanme en el alma; una esperanza loca estremecía todo mi

ser, como si aquella prestigiosa gema, aquella gota de sangre translúcida, me hubiera comprado la gloria suprema del amor. Pero Lena era la más desconcertante de las criaturas: recibíome con aplomo y desdén inverosímiles, como si fuese ella quien me hubiese regalado el rubí; pero sin avalorar afectivamente el obsequio, dejándolo caer desde la altura de su solio de diosa. Sentí dentro de mí un estallido de rabia fulminante; pero... las coquetas saben que de tales rabias impotentes y de tales rendimientos serviles se forjan las cadenas que ellas remachan con besos ó con artificios diabólicos.

Con el episodio del rubí comenzó la serie de exigencias imperiosas, indirectas, habilísimas de Lena; de sacrificios incesantes, ruinosos por mi parte y nunca estimados ni, al parecer, vistos siquiera por ella. Era como si en las aras de una divinidad implacable fuese yo quemando, grano á grano é inútilmente, el incienso de mi gloria, de mi fortuna, de mi vida; porque yo le dedicaba mi tiempo, que era mi gloria científica y mi porvenir profesional (mi clientela, que, abandonada ó mal servida, menguaba sensiblemente), mi dinero, el patrimonio de mi hijo, mi propia salud, consumida en un anhelar frenético y malogrado, y la salud de mi pobre mujer, que comenzó á decaer definitivamente desde aquellos días en que, con locas avideces de celosa, espiaba mis pasos, comprobaba mis dispendios, medía mis ausencias, observaba mi cambio de humor, de vida, de costumbres, de todo, y con un es-

panto mortal pintado en sus azoradas pupilas de ser ingenuo y primitivo, seguía los progresos de la pasión formidable que poseía y devastaba mi ser entero, sin que yo—á pesar de todas mis superioridades—acertara á ocultarle mi incendio interior.

Aquellos borrascosos días de mi drama íntimo, alumbrados por súbitos relámpagos precursores de tragedia, se escapan á todas mis percepciones de médico y de psicólogo: no hay maestro en anatomía que pueda hundir el bisturí en las propias vísceras, ni hay psicólogo que intente la vivisección del propio espíritu.

Yo veía extinguirse, agonizar á Clara, y no podía acudir en su auxilio: era yo otro naufrago que por momentos se sumergía en el abismo. Era yo otro enfermo de otra moral insania, que como el jugador, el beodo ó el morfínmano, vivía sumido en un aura flamígera de delirio, en espera del número prestigioso que se perfila en llamas y en sangre durante la vigilia ó el sueño, en el cráneo y en la retina, en las volutas del humo ó de las nubes; en espera de la copa henchida de letal delirio; ó de la inyección venenosa que derrama por las venas el paraíso de alquimia que anula el albedrío y prostituye la viril voluntad humana. Yo vivía en febril espera de aquella soñada hora de dicha que mi orgullo de hombre, mi vanidad de sabio y mi esperanza de enamorado me fingían cercana, inminente, y las artes de Lena alejaban y desvanecían como por magia ante mis alucinados ojos.